

La experiencia con drogas

Por ENRIQUE GUARNER

Un joven de 17 años de edad me confesaba: «Al inhalar el polvo hubo una sensación de cosquilleo en el interior de mis fosas nasales, a la que siguió un gusto amargo a medida que la droga alcanzaba la garganta. Esperaba que inmediatamente se produjera una sensación de alegría, pero la reacción fue insidiosa, puesto que primero se inició como una actitud complaciente que en forma lenta fue apoderándose de mí.

«Encendí un cigarrillo y me recosté en el asiento. Eran cerca de las 12:00, tiempo en el que debería llegar a casa, pero pensé que media hora más no me haría daño. Miguel, el líder del grupo, comentó cómo traficante con estupefacientes un amigo se había hecho rico y ahora poseía un Mercedes. A este relato siguieron una serie de incoherencias acerca de unos monjes en el Himalaya y después el posible asalto a un Banco que fácilmente podía llevarse a cabo. Me dí cuenta que a pesar de los disparates que decía, debía escucharlo.

Pasaron las horas y la conversación se me hacía cada vez más interesante y masculina. Estaba tan alerta que el color de su camisa se me hizo reluciente y llamativo.

De repente me sentí estimulado y comencé a contar mis propias experiencias. Al cabo de un rato dominaba la conversación y hablaba sin cesar de mis triunfos en los deportes, la escuela o las muchachas. Sin darme cuenta dieron las tres de la madrugada y aunque los demás aseguraban que yo nunca había sido tan locuaz e interesante, pensé que debía regresar a la casa. Pregunté sobre el nombre de la droga y me dijeron que se trataba de cocaína, la cual prescribían los médicos para la tos. Reflexioné que tendría que ver con coqueteo. Volví a mirar el reloj y aunque la elevación de mi espíritu era altísimo, no resultaba suficiente para ignorar la hora.

Salí del lugar y en el camino hacia el hogar, la ciudad se volvió bellísima, los árboles habían crecido y los ladrillos de las casas brillaban como nunca. Los autos iban a una velocidad descomunal y sus colores centelleaban en forma esplendorosa.

Entré en la casa y mi padre que

estaba despierto me dijo que se habían preocupado y que por la mañana hablaríamos acerca de mi conducta. Poco me importó y al meterme en la cama pensé que no había oído mucho sobre narcóticos, pero sentí que el polvo de la alegría podía ser peligroso».

Análisis del caso

La experiencia anterior nos muestra las características esenciales que cualquiera de las drogas estimulantes producen en la mente humana. Lo primero que tendríamos que concluir es que la parte organizada del pensamiento, o sea el yo se desintegra en distintas esferas. La viveza de las percepciones se vuelve clara y la atención se concentra en los detalles importando poco el contexto o si lo que se dice resulta o no coherente. Las palabras se vuelven lentas, porque el yo, es la estructura que controla el tiempo y el espacio. Es por eso que las horas se vuelven instantes y ya nada importa en el curso de la noche.

Es posible que el estado de euforia condicione la experiencia mística o de éxtasis y las fantasías inconscientes como son el lograr el éxito económico, ya sea vendiendo droga o asaltando un Banco se tornan en algo deseable y fácil de ejecutar. El estupefaciente simboliza el ideal que es incorporado y uniéndonos a él alcanzamos el estado omnipotente. Es por ello que nuestro adolescente se torna locuaz y sale de su estado normal en el que predominaba la timidez.

Historia de la experiencia con drogas

En 1929 cuando Freud publicó «El malestar en la cultura» escribía en relación a la intoxicación con sustancias químicas, que éstas constituían la forma más efectiva de obtener sensaciones placenteras y comparaba el estado resultante con la euforia.

En algunas sociedades primitivas las drogas alucinantes han sido conocidas desde milenios y se utilizaban para la adivinación, el tratamiento de todo tipo de enfermedades, la comunicación de poderes sobrenaturales o con el objeto de mantener la unidad social.

En el hemisferio la ingestión de

drogas en los tiempos precolombinos estaba limitada desde la zona suroeste de los Estados Unidos, la cuenca del Amazonas y alcanzaba gran parte de Bolivia. Entre los aztecas y los incas existían adivinos profesionales que obtenían inspiración a través del peyote y los hongos alucinógenos. Estos últimos se dice que fueron distribuidos durante la ceremonia de coronación de Moctezuma para darle una forma más espectacular.

Las drogas comenzaron a despertar el interés académico en el siglo XIX, cuando Emil Kraepelin fundó un laboratorio en la ciudad de Dortmund para estudiarlas. Posteriormente Havelock Ellis y Weir Mitchell escribieron artículos sobre el efecto subjetivo del peyote. Estos estudios estimularon el interés de los farmacólogos, quienes aislaron su principio activo, o sea la mezcalina en 1896.

La cocaína es una droga que se deriva de las hojas y raíces del «Erythroxylon coca» que crece en Perú y Bolivia, el alcaloide fue usado desde tiempos prehistóricos como anestésico e incluso Sigmund Freud, quien había leído un trabajo que reportaba que al inhalarlo los soldados bávaros incrementaban su capacidad para resistir las maniobras militares, pensó en que curaría las depresiones.

Freud utilizó el alcaloide en sí mismo y notó que provocaba excitación y aumento en su potencial para trabajar. Posteriormente leyó una monografía publicada en Estados Unidos sobre el tratamiento de adictos a la morfina por medio de la coca y decidió ayudar a su amigo Ernest Von Fleischl, quien sufría de morfomanía contraída como resultado de una polineuritis intratable. El resultado fue que la nueva adicción se volvió peor que la anterior, puesto que ahora la persona usaba la droga manteniéndose despierta y omnipotente.

Debemos concluir que la respuesta de una persona ante estas sustancias va a ser el resultado de sus experiencias previas y que si su yo es débil y alcanza la omnipotencia por medio de la droga que se va a hacer adicto como puede suceder con el adolescente con el que inicié este artículo.

